
DE PERFIL



El de Cristina Almeida (Badajoz, 24 de julio de 1944) es un perfil que bien podría dibujarse a base de tensiones, contradicciones y resistencias. Empezando por el final, la otrora política es hoy una jubilada que encarna todo lo opuesto a la definición académica de quien alcanza su júbilo en el descanso. Porque una no puede apearse de sus pasiones, aunque eso implique no bajar el ritmo.

La luchadora contra toda injusticia sigue dejándose ver recurrentemente en su despacho de abogadas, fundado en 1995 junto con su socia Ana Clara Belío para ofrecer a los particulares con menos recursos servicios jurídicos propios de los grandes bufetes. Ya no tiene que defender a sindicalistas represaliados aunque en su actual momento vital los miedos de otros tiempos reviven encarnados en la

aparición de otras amenazas que ella identifica con algunos populismos y la pérdida de derechos conquistados.

De familia acomodada, la bonanza del hogar y la sensibilidad de sus progenitores facilitó el que en su casa las mujeres tuvieran acceso a estudios superiores. Fue el universitario un viaje sin retorno y en aquellas aulas, al tiempo que nacía su compromiso político y el deseo de profundizar y conocer la historia, se forjó un espíritu combativo que la acompaña hasta el presente.

Desde el deseo de entendimiento, ha conjugado siempre la discrepancia y nunca se anduvo con medias tintas. Por eso su periplo político se convirtió en una suerte Vía Crucis, un camino sufriente a través de siglas, afiliaciones y en algunos casos expulsiones (PCE, IU, PDNI). Tuvo el honor de pertenecer a los primeros gobiernos municipales democráticos como concejala presidenta de la Junta Municipal del distrito de Fuencarral en Madrid, la ciudad a la que vino con recelo y de la que ya nunca marchó. Diputada a nivel nacional y regional o senadora, a ella el cargo o el lugar no le imprime un carácter que viene ya de serie y se intuye en cuanto su voz ronca hace acto de presencia en la sala.

Hay quien la pinta como ogro e intenta atacarla por sus ideas o por su físico, pero ella se reivindica como una mujer feliz y segura de sí misma que solo le teme a la enfermedad porque «yo me quiero morir viviendo». Porque, menos al nacer, nunca ha permitido que nadie decida por ella y así quiere que sea hasta el final de sus días. */